

O cognitividad o psicoanálisis *

Romildo do Rêgo Barros (EBP)

*Analista Miembro de la Escuela (AME) de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.
y de la Escola Brasileira de Psicanálise*

Querría antes que nada agradecer a mis colegas y amigos de la EOL, en particular a Flory Kruger, Mirta Berkoff y Miguel Furman, por esta invitación, que mucho me honra, para representar entre ustedes la Escola Brasileira de Psicanálise.

Lo que tengo para decirles me fue inspirado, por lo general, por la lectura de una de las clases del curso Orientación Lacaniana de Jacques-Alain Miller en París [1]. Trataré de hacer un comentario, no exactamente sobre el contenido de la clase, sino a partir de algunas cuestiones que plantea el título de la misma: *Una Teología del Normal*.

Como la mayoría de ustedes, yo no soy un especialista en cognitivismo.

Hasta hace poco tiempo, el cognitivismo era para mí una vaga referencia de los estudios de psicología o pedagogía, una de esas corrientes teóricas que uno piensa haber casi olvidado, desde que eligió su causa y su destino, representado, en mi caso, por el psicoanálisis.

¿Qué pasa ahora? ¿Por qué se vuelve a hablar del cognitivismo, a tal punto que yo, por poco autorizado que sea, debo también decir algo? En otros términos, ¿qué me quiere el cognitivismo? ¿*Che vuoi?*

La primera respuesta se encuentra en el propio título de esta plenaria, que interpela a cada uno de nosotros, yo diría, personalmente: “¿qué es para usted la cognitividad del psicoanálisis?”, me preguntan directamente los organizadores de estas Jornadas, y la cuestión es tan directa que no puedo evitarla.

La segunda respuesta se refiere al hecho de que la pregunta no tiene como objetivo exactamente medir mis conocimientos cognitivistas, sino más bien saber lo que pienso de una transformación posible del psicoanálisis. No se trata de una pregunta sobre el cognitivismo, sino que es una pregunta sobre el psicoanálisis y sobre el aspecto actual de su crisis, que es permanente.

Debemos, entonces, partir de una hipótesis general: hay un proceso, o un intento, de cognitividad del psicoanálisis. Lo sabemos, porque algunos psicoanalistas o interesados en psicoanálisis -Eric R. Kandel, por ejemplo, que recién comentó Éric Laurent [2], o Daniel Widlocher- lo dicen o lo muestran, creyendo que la cognitividad es un progreso, o por lo menos una defensa, una protección, capaz de impedir que el psicoanálisis se muera.

La mejor manera de impedir esta muerte, piensan seguramente estos psicoanalistas, sería buscar una autorización en la ciencia, sabiendo o no que esta autorización científica abre una serie que incluye otras instancias, como el Estado y la Universidad. La ciencia, dirán los psicoanalistas-cognitivistas, es

nuestro real, nuestra exterioridad más sólida, que nos permitirá soportar la natural precariedad de nuestros conceptos y, en consecuencia, la incertidumbre de nuestro futuro. Es decir que en lugar de los discursos, siempre cambiantes e inestables, tendríamos una doble suposición como fundamento: por un lado, una suposición de transparencia del funcionamiento del cerebro, y por otro una suposición de confiabilidad de las evaluaciones cuantitativas. El funcionamiento del cerebro, junto con su hermano cibernético, y la neutralidad supuesta de la evaluación funcionan, si puedo decirlo, como la trascendencia del cognitivismo.

Pero, debo introducir aquí una primera relativización: no es propiamente contra las investigaciones cognitivistas -imágenes cerebrales, modelo computacional, etc.-, que se levantan los psicoanalistas, sino contra lo que Miller trató como “un cambio de paradigma”, que no está ocurriendo como una evolución del psicoanálisis hasta la ciencia -como si esto correspondiera a la declinación del psicoanálisis en la cultura-, sino como aplastamiento de una dimensión subjetiva en nombre de la ciencia. Este aplastamiento tendría como consecuencia más o menos directa, un vaciamiento del espacio del privado y de la historia.

El psicoanálisis no se propuso nunca como alternativa a la ciencia, sino como su síntoma, en el sentido de que se dispone a recoger los restos depositados por la ciencia como discurso. Estos restos, para decirlo de modo muy condensado, se han presentado en la historia bajo las formas, por definición cambiantes, de la histeria.

La discusión actual entre el psicoanálisis y el cognitivismo asociado al conductivismo, por tanto, es ante todo práctica, aunque incluye cuestiones de civilización e ideológicas fundamentales. No por casualidad, ella se expresa por medio de significantes familiares a la economía y a la gestión, tales como *evaluación, eficacia y transparencia*, que convergen todos en una búsqueda permanente de perfeccionamiento, cuyo objetivo final es la normalidad. La normalidad, significante eminente de la estadística, de la psicología, de la educación y de la sociología, puede en este caso ser entendida, según nos enseña Jacques-Alain Miller, como un significante teológico, en la medida en que corresponde a un punto de llegada absoluto.

Un punto de llegada, cuando es absoluto, es también un punto de partida. Esto quiere decir que una evaluación no puede nunca considerar como normal un estado o posición subjetiva cuyas características no sean esperadas de antemano. Es ciertamente por eso que las terapias cognitivo-comportamentales no se distinguen de una reeducación, en el sentido de que operan -necesariamente-, en nombre de los universales de la cultura, desde los más vastos mandamientos, que determinan las elecciones más fundamentales en la vida social, hasta algo más particular, como “no se debe temer las arañas”.

Lo que es buscado es una separación entre sujeto y síntoma, lo que implica que el resultado no es la responsabilización del sujeto por su goce por medio de la formulación de su fantasma, sino que se llega a la alienación del sujeto a un protocolo de evaluación cuantitativa que se toma por el Otro.

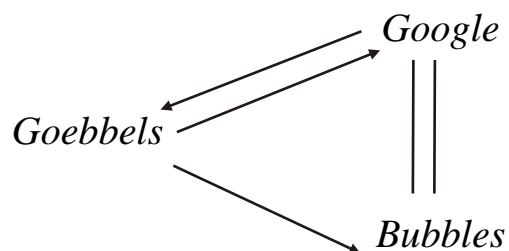
Un caso clínico

Creo que una experiencia clínica reciente -que tiene un formato clásico y es en apariencia simple-, podrá ilustrar la posición del sujeto y de su síntoma como respuesta particular al Otro.

Una señora, que se queja hace años de inhibición intelectual de carácter fóbico, me hablaba de su disposición de aceptar finalmente el uso de la computadora, indispensable en sus tareas actuales, lo que antes le parecía imposible.

Pero, al intentar pronunciar el nombre del buscador más conocido en la Internet -y que cumple perfectamente en nuestros tiempos la función de un saber universal-, se engaña, y en cambio de decir *Google*, dice *Goebbles*. Y al oírme repetir en tono interrogativo el nombre que pronunciara, contesta que la palabra que le venía a la mente no era ni *Google* ni tampoco *Goebbels*, pero *Bubbles*, que es el nombre de un juguete de su infancia.

Hay aquí una serie perfectamente lógica: primero el universal prohibido, *Google*, donde se ubica la inhibición, enseguida una particularización que representa el sujeto pero que al mismo tiempo lo aísla del Otro, *Bubbles*, y finalmente, tenemos la irrupción de un imperativo de goce que tiene el nombre del Ministro de la Propaganda y de la Información hitleriana, *Goebbels*. Creo que podemos dibujar la relación entre los tres elementos de esta serie:



Al universal del mundo de la información, *Google*, impersonal y democrático, responde un universal de goce (Freud hablaría aquí de un goce incestuoso), *Goebbels*, que, por definición, no es accesible a ningún sujeto. Entre los dos, el significante de un goce infantil que no puede ser formulado sin riesgo. En la invención freudiana, es el rescate del significante infantil lo que opera como cura. Dicho de otro modo, el análisis es la operación que vacía el significante infantil del peso suplementario de un goce que el sujeto no puede asumir.

La inhibición de este sujeto, que le impide servirse de un recurso creado por la tecnociencia para facilitar nuestras vidas, indica que su goce infantil, representado por el significante *Bubbles*, no puede ser admitido en el Otro como una marca singular, es decir, como una excepción, sin que esa excepción sea absorbida por lo universal (materno, diríamos en nuestra jerga).

Conclusión

El psicoanálisis busca la singularidad del sujeto, lo sabemos todos. Lo que sabemos menos es que la singularidad es una posición que ubica el sujeto como único en oposición al universal, que, si existiera, nos querría a todos iguales. Y si lo sabemos menos, es porque esta dialéctica no tiene una salida predeterminada, sino que se construye cada vez, con la ayuda de un artificio.

Pero, después de hablar tanto..., continua acosándome la pregunta que justifica mi presencia entre ustedes: ¿qué es para usted la cognitivización del psicoanálisis?”, y su correlato: ¿por que los psicoanalistas tienen actualmente que responder al avance de las terapias cognitivo-comportamentales?

Hubo quizás un tiempo -no cuesta ser un poco nostálgicos-, en que no se pensaba que las técnicas de modificación de la conducta iban a rivalizar con el psicoanálisis. Sobretudo en los países latinos -y en Argentina más que en los otros-, no se imaginaria que los dos pudieran seriamente disputar el mismo lugar en el mercado de servicios. En las palabras de Jacques-Alain Miller, usadas en otro contexto, “la zona *psi* era hasta entonces (...) una zona preservada, cuyo paradigma era psicoanalítico”[3]. La calificación de “metafísica”, que debemos a Karl Popper, no amenazaba mucho el prestigio y el respeto concedidos al psicoanálisis. Al contrario, el prefijo “meta” -más allá-, nos concedía un lugar especial, una especie de dominio epistemológico propio, que se manifestaba, de parte de los psicoanalistas, por medio de un cierto desprecio de la demostración. Sabemos que en el punto extremo de esta facilidad está la extraterritorialidad arrogante que Lacan nos enseñó a encarar como un peligro, antes aún de que este peligro surgiera como potencialmente fatal.

Lo que pasó -si ustedes me permiten hacer una pequeña hipótesis-, no se debe ni al psicoanálisis ni tampoco a los cognitivo-comportamentales directamente, sino a nuestros tiempos: *post* o *híper*, estos tiempos exceden de todos modos la simple modernidad, que creía haber encontrado una manera de mantener el universal simplemente aislando las excepciones.

En nuestros tiempos, ya no se trata de garantizar la entereza y el equilibrio del universal excluyendo las excepciones, como pensaba Freud en 1930 -por ejemplo, cuando hablaba de la excepción representada por los judíos como garantía de lo universal de los alemanes-, sino de, en el mejor de los casos, neutralizar los efectos de las excepciones enfilando los objetos de deseo en una serie metonímica sin fin, es decir, suspendiendo la cuestión sobre la causa, como nos muestra la estructura contemporánea del consumo y de las compulsiones en general; y, en el peor, destruir las series mismas, como acontece con lo que Miller, en la clase de número 9 de su curso *Pièces Détachées*, llamó de “crimen en lo real”, cuyos ejemplos son, según él, el acto del *serial killer* y los crimines nazis.

Siendo así, no está siempre accesible un significante capaz de al mismo tiempo formular y disimular el goce del sujeto, como *Bubbles*. Es necesaria otra clínica, capaz de acoger los sujetos que, en rigor, no tienen historia. Pero, me parece crucial destacar, sin precipitarlos en un “anhistorismo” que Lacan denunciaba ya en 1953 [3]. Reconducir a alguien a su historia, actualmente, significa “reinventar al Otro que no existe”, según la feliz expresión de Eric Laurent [4].

Para finalizar, volvamos al comienzo: “¿qué es para usted la cognitivización del psicoanálisis?”

Creo que no hay, no puede haber, una verdadera cognitivización del psicoanálisis. Hay un riesgo, que es talvez más insidioso: que los psicoanalistas no sean ya capaces de reconocer los síntomas en los nuevos restos del discurso de la ciencia, y se pongan, en consecuencia, a creer demasiado en la rectificación de las conductas. Es decir, que los psicoanalistas sean capturados por la lógica de los trastornos. Entre *síntoma* y *trastorno* -alternativa tan oportuna escogida para estas Jornadas-, se trata, como escribió Miquel Bassols, de una elección ética [5].

NOTAS

* Trabajo presentado en las Jornadas 2005 de la EOL.

[1] Orientación lacaniana III, 6, 24 mars 2004. Texto francés establecido por Catherine Bonningue.

[2] Laurent, E.: *Lost in cognition - El lugar de la pérdida en la cognición*, Colección Diva, Buenos Aires, 2005, páginas 5-7.

[3] Miller, J.-A.: *op.cit.*

[4] Lacan J.: *Écrits*, Éditions du Seuil, Paris, 1966, p. 245.

[5] Laurent, E.: "El revés del trauma", in *Virtualia* año 2 número 6, junio-julio 2002.

[6] in: Periódico Virtual n 3.